

# Recordando al maestro

---

## Don Francisco Vales Villamarín y los libros

Por JUAN NAYA PEREZ

Hay un aspecto en la vida de don Francisco Vales Villamarín que es menester recordar para tener así una visión completa de aquélla. Trátase de su amor, de su intenso amor a los libros. Soy de ello testigo de mayor excepción, por cuanto compartimos los dos, cada uno a su manera y durante cincuenta años, la misma biblioteca, es decir la más rica colección de libros referentes a Galicia que tenemos en nuestro país, la de la Real Academia Gallega, que un día rigió aquel docto varón que se llamó don César Vaamonde Lores y que está a mi cuidado desde hace cuatro décadas.

Decía Vaamonde con frecuencia refiriéndose a los poco amantes de las letras, poco más o menos lo siguiente: "Un hombre sin libros es como un cojo sin muletas; podrá andar, pero al fin dará con su cuerpo en tierra".

Esta sentencia, tan sabia, la comentábamos muy a menudo don Francisco Vales y yo y aún éste, dotado con aquellas condiciones que le daban verdadera categoría de maestro, añadía alguna como ésta: "Comparadas con el libro, con el buen libro, se entiende, las piedras preciosas carecen de valor". Y todavía continuaba diciendo que en los libros se aprendía a amar y a conocer todo, a ver a los muertos como si fuesen vivos... En algún momento, dejándose llevar por su entusiasmo, afirmaba que todo se corrompe y destruye con el tiempo y, sin duda, toda la gloria del mundo se desvanecería en el olvido si, como remedio, no hubiese dado Dios a los mortales el libro.

Pero yo quería en esta evocación de la figura del maestro Vales Villamarín destacar algo que con él era sustancial en el manejo de los libros. Con qué cuidado abría y cerraba el volumen que consultaba, con qué delicadeza los trataba. Recuerdo como si fuese ahora mismo, en el momento en que trazo estas líneas, como abrochaba debidamente, dijérase amorosamente, el tumbo de las Cascas que se custodia en aquella librería. Ni los frailes que lo confeccionaron pondrían mayor finura en el trato de sus páginas y encuadernación. Digna de resaltar es también la costumbre que don Francisco seguía en el manejo de los libros: la anterior y posterior limpieza de las manos. La primera obedecía al deseo de no mancharlos y la segunda aliviarse del posible polvo que hubiese quedado entre los dedos.

Pocas veces se conjuntan tan admirablemente la limpieza de alma que ofrecía don Francisco con la limpieza corporal que practicaba.